

REVISTA
ANEMERIA
3^a EDICIÓN - TRASCENDENCIAS

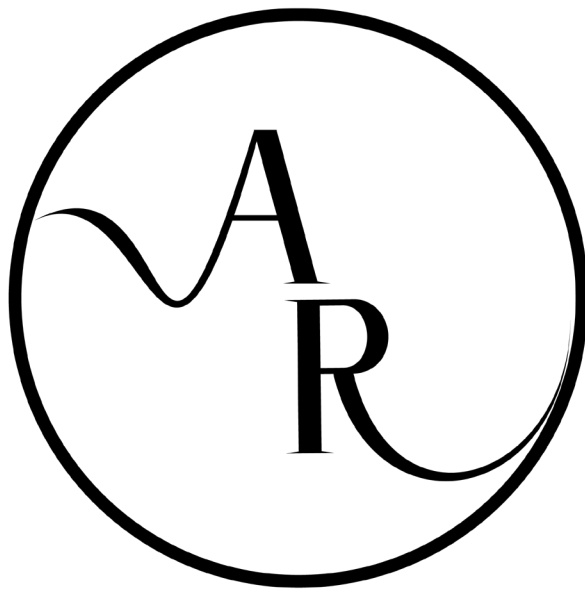


Ae
Anemia editores

BOGOTÁ - COLOMBIA
2022 - I



Ae
Anemia editores



REVISTA
ANEMERUA

© Revista Anemia
ISSN: 2745-0554

Volumen 3
Tercer número
Febrero de 2022
Bogotá, Colombia
Editorial: Anemia Editores
Editores: Daria Melisa Gómez
Daniel Eduardo García
Deiby Alejandro Quintana
Edición Semestral. Virtual

Ilustradores - Portadas: Deiby Quintana

Diagramación: Deiby Quintana

CONTENIDO

Saludo Editorial

Saludo editorial 9

Cuento

Voces y renuncia 11
Jefferson Echeverría

Primer amor 16
Sarays Guerrero

Liberación 22
Rosana Colombo

Llamada de buenas noches 23
Daria Gómez

Mujer bajo la lluvia 24
Gabriel Rulfo

Cautivo 28
Juan Martínez

Egocentrismo del amor 31
Sergio García

Cambio de gusto 35
Freddy Quiñones

Los labriegos 37
Rusvelt Castellanos

Ten cuidado por donde pisas 39
Gabriela Muñoa

Poesía

Los árboles no hablan vietnamita 44
Gerardo Viana

Bucle marino 45
David Acosta

Nada 48
Daniel García

Bosque interior 49
Sandra Álvarez

Una nube de mosquitos 52
Ringo Cruz

Fahrenheit 451 53
Pedro Alcarría

Fragmentos de Cubo negro Jhonatan Mostacero	56
Viento Jorge Millán	59
El polvo de los días Darío González	60
El privilegio Camilo Gómez	62

Saludo editorial

Empezamos este año con nuestra tercera edición que llega marcada por una resiliencia frente al espacio-tiempo en el que vivimos: angustias, temores e incertidumbres. Pese a este capítulo, hemos logrado dejar huellas y forjar una identidad, que nos ha dado una perspectiva más amplia de la realidad y nos ha mostrado el camino para seguir creando nuevas experiencias con nuestros lectores y escritores.

Trascendencias llega para marcar el antes y el después desde el origen de la revista: partiendo de su gestación y nacimiento en medio de un mundo en cuarentena, hasta su desarrollo en medio de una nueva realidad a la que la literatura y la cultura no pueden escapar y a la que se adaptan. Del mismo modo, surgen nuevas voces que se narran y nos narran ese tiempo que nos atraviesa en el día a día en esta nueva etapa de la historia, cual delirio Boccacciano que nos remite a la idea de trascendencia, de continuidad y de ruptura temporal.

Bienvenidos a la tercera edición de la Revista Anemeria.



CUENTO

Voces y renuncia

A la Señorita M; la de la voz dulce.

La espesa niebla lamía los bordes de la ventana. Eran parches deformes que se derretían a lo largo del recuadro, a medida que el crujido de la palanca anunciaba la mitad del recorrido. Pese a tener los dedos agarrotados, la niña continuaba en la silenciosa tarea de formar círculos que se borraban con la rapidez de un lamento. Pero no se rendía. Por lo menos, en medio del aburrimiento, buscaba las formas adecuadas que le permitieran encontrar un paisaje o los contornos similares a los de un cuerpo perfilando un aire triste.

—Ya casi llegamos— la voz de su madre le recordaba siempre a la de un pájaro gorjeando en pleno aguacero. — ¡Alístese!

De repente, una mano áspera y tibia borró, furiosa, la triste figura en la ventana: era una niña que estaba siendo devorada por un monstruo sin un brazo. A pesar de la bruma, las lejanas colinas podían definir las primeras siluetas de unos callejones farragosos, de cuyas casas, levemente, ostentaban una simpleza pobre prácticamente sin vida. Con la vista cansada por culpa del viaje, la niña dirigió la mirada a su padre quien hacía una maniobra con la palanca mientras su pie, en una posición incómoda, trataba de forzar el acelerador para que la camioneta no perdiera el ritmo. La esperanza de prolongar el viaje, al menos unas cuantas horas más, prontamente se vio interrumpida por un silbido de llantas que empezaron a precipitar su destino. El último tramo fue tan rápido, que a duras penas tuvo tiempo de observar el deterioro en las sombrías terrazas.

Canecas salpicadas de cemento, ropas arrugadas no solamente por los constantes nubarrones, los perros famélicos y entregados al letargo del mediodía, los leves charcos cual si fueran espejos monótonos reflejando un cielo gris que, a cada rato, escupía una serie de

cristales delgados y ruidosos. Sin expresar sorpresa, la niña descubrió un remedo de su tristeza en este pueblo con la única diferencia que aún no estaba preparada para el escándalo, pero siempre había una razón aparentemente permitida: desde hacía mucho tiempo le habían arrebatado hasta el aliento de gritar.

— ¡Llegamos! ¡Ya sabe lo que tiene que decir! — El empujón de su mamá la hizo de nuevo regresar a esa realidad que la aprisionaba por culpa del insoportable olor a gasolina penetrando en su nariz e inevitablemente, la obligaba a contener las náuseas. Nada que hacer. Su lugar estaba en aquel incómodo vehículo, maloliente e inseguro. De suerte que esta vez no corrieron el riesgo de volcarse como ya había ocurrido en viajes anteriores. La niña a duras penas asintió. Con las escasas fuerzas adoptadas por el calor del motor, agarró el calendario arrugado y empezó el ceremonial del balbuceo tímido. Eran palabras inconclusas, a veces exangües, lo que parecía prolongar un anhelo cohibido por culpa del silencio impuesto: “Furia del miedo, destinos opacos y esperanzas baldías, desaparezcanse de mi tranquilo refugio”, se repetía, a veces a modo de plegarias ahogadas emitidas por un movimiento infantil de labios, otras, desde su interior, sin prisa, como si estuviera desafiando el odio de su madre y juzgando el cinismo de su padre.

— ¡Apúrele! — El aullido de su madre se repitió en ecos estrellados en algún patio deshabitado o triste.

No era tanto el frío, ni las ganas de recostar su menudo cuerpo en algún césped al mismo tiempo de cerrar los ojos, ni aspirar el aire helado y percibir el aroma a invierno de unas calles sin vida lo que impedía continuar hacia su rumbo desconocido. Era el hecho de enfrentar su temprana humanidad a los primeros rellanos de un inmenso edificio. Por primera vez el mal olor de los papeles amontonados en unas literas frías y oxidadas provocaron las ganas de vomitar: “Nomás atrévase a por lo menos escupir y le volteo ese

mascadero.” Tan solo un apretón en el brazo y el arrepentimiento estaba de nuevo arraigado a su conciencia.

Sus primeras lágrimas coincidían con el aspecto desolado de un amplio vestíbulo cuyas paredes, empalizadas por inmensos afiches adornados de letras gruesas arruinaban, crueles, todos los ánimos infantiles. Sin tener tiempo de pronunciar un nuevo ruego, su padre, en un ademán paternal e hipócrita la llevó a la mitad del lugar. Era imposible expulsar el aire sin dejar de tragar el hedor a tinta regada, a papeles rayados y a tinto revuelto con nicotina. Prefería desvanecerse, morir ahogada, escapar hacia algún terreno sin memoria y perderse para siempre. Qué importaba traicionar la farsa de sus abuelos y esos asuntos de conservar el recuerdo en medio de unas futuras cenizas. Al final de cuentas, un brazo, un vientre salido y unas piernas gruesas e hirsutas fueron suficientes cómplices para arrebatarse el espíritu, las expectativas reemplazadas por un miedo notorio e instintivo.

— ¡Aquí está la niña! — La madre habló sin vacilar al momento de entregarle a la mujer sin rostro una carpeta. El sonido de las hojas estaba acompañado por un resuello incómodo de aquella mujer. El reloj en la pared, lento, frío e inequívoco expulsaba un lento transcurrir de manecillas, quebrantando por completo la falsa tranquilidad del lugar.

— Así que ustedes sólo quieren el permiso — sentenció la mujer sin rostro, resguardada ahora en la boca lúgubre de su cubículo. Con el siguiente apretón, ahora más amenazante, la forzaron a mover la cabeza sin balbucear.

— Veo también que tiene doce años — desde la ubicación de la niña podía vislumbrar una figura inanimada y cruel.

Abandonada a una suerte incomprensible, de nuevo la cabeza de la niña, esperando una aprobación, resaltaba una última respuesta. El golpe de un sello, seguido de un rumor breve, preciso, sobre la

mesa, resolvían un desgarramiento temprano de una niñez escasamente feliz. “Presencias lejanas que pretenden avergonzarme, destino del miedo sin prisa que trata de someterme al horror, a decaer sin causa, jamás me vencerán”, no supo si lo había pronunciado por medio de un siseo religioso o era su interior la única voz que ascendía hacia su frágil memoria.

— ¡Listo, a partir de mañana y con el permiso firmado por ustedes, que son los papás, la niña ya puede empezar a trabajar! “Te pido que no tengas piedad de este demonio sin rostro, ni tampoco de mi mamá que me obligó a venir aquí; que siempre me obliga a todo, ni de mi papá que es un cobarde, bueno para nada, ni del tío que me...” El golpe en su oído izquierdo le hizo perder el equilibrio. Las escasas voces de espanto que había en el recinto se confundían con las mismas que acudían a sus plegarias interiores, y parecían consolar su espíritu confuso y doblegado.

— ¿¡Acaso no oyó!?! – La madre contuvo su segunda arremetida al momento de reconocer la furia inesperada de su hija, que le arrebató sin reparo la carpeta a la mujer sin rostro.

La niña expresó por primera vez un gesto de satisfacción desproporcionado y pícaro. Como si estuviera ocultando una travesura. Al regresar a su sitio de escarnio la agitación se iba agudizando a tal punto de padecer un posible espasmo o alguna convulsión. El ataque tardó escasos segundos, los necesarios tres golpeteos torpes que desparramó el reloj monótono de la pared para estabilizar su postura y esperar una última vergüenza. “Ahogada por el tinto o quemada por el cigarrillo o sufrir un espasmo”, musitó una sola vez, a modo de clamor religioso. Los padres recibieron los papeles diminutos que conservaron con recelo en la billetera. Salieron, ahora sin prisa y revelando un mohín — alternativo — de satisfacción. En el ancho pasillo que conducía a la salida, un destello gris surgió como un relámpago esperanzador y frenético. Era momento de abrigar la carpeta con la ruana de lana y cerrar los ojos, mientras la ligera

borrasca terminaba de palidecer sus mejillas y calar en la hondura de su vientre. El camino al improvisado parqueadero fue tardío. Era una extenuante procesión de reproches y legados hirientes que congelaban más que el invierno del pueblo.

— ¡Mañana empieza en los chircales a cocer el barro para el ladrillo! ¡Yo veré, se porta juiciosa o ya sabe! Y las siguientes lágrimas se perdían entre la humedad de sus mejillas. La reciente desesperanza la obligaba a renegar de nuevo contra su humanidad, contra su silencio, contra su eterno desamparo.

Antes de subir a la camioneta, el padre se aseguró de mantener los frenos y el motor estables.

— ¡Porque usted no puede seguir viviendo de gorra, mientras sus hermanos se muelen el lomo como animales! “Presencias cercanas que me dan la fuerza necesaria y me abstraen hacia nuevos rincones, vengan a mí y me conceden la satisfacción de corromper lo corrompido, de destruir a los destructores, de aleccionar a los verdugos”. El crujido de la camioneta acompañado del movimiento de la palanca emprendía de nuevo el viaje largo y engorroso.

— ¡Súbase a ver, y duérmase porque mañana hay que madrugar! “Frenos descompuestos, choque en un barranco, muerte doble y un alma libre”.

Jefferson Echeverría
Bogotá, Colombia.

Primer amor

Mayi se pasaba horas frente al espejo mirándose, dedicándole mucho tiempo a su arreglo personal, contemplando con orgullo aquellos pechos pequeños y bien formados, como queriendo descifrar por qué los hombres, desde un tiempo para acá se le quedaban mirando para soltarle alguna frase erótica y hasta vulgar, como diría su abuela. Pero esta vez no tenía mucho tiempo para detenerse en esos detalles. Llevaba media hora arreglándose. Quería lucir mejor que otras veces. Por fin tendría el encuentro que tanto había esperado. Su mamá no podía saberlo, si no, pelearía mucho y seguro no la dejaría salir gritándole atrocidades sobre él: “¡Ese es un descarado!” “¡No se merece tu cariño!” “¡Es un sinvergüenza!”.

Por eso, ella había buscado la forma de localizarlo y coordinar aquel encuentro a escondidas. Así que terminó de peinarse, tomó un crayón en la gaveta de los cosméticos de su mamá y se dio un retoque en los labios. Quería que él viera que ya era una mujer. Por último, cogió su cartera en forma de conejo y se la colgó en el brazo. Hubiera podido llevar una de su mamá que le daba más personalidad, pero decidió llevar aquella que tantos recuerdos le traía.

Se dispuso a salir en puntillas porque aunque su mamá estaba trabajando, la abuela se hallaba en la casa y si la descubría tendría que darle detalles. Por suerte, cuando pasó por la sala vio que estaba entretenida mirando las noticias en el televisor. Sonrió aliviada. Sabía que mientras estuvieran hablando del terremoto en México no se pararía ni a tomar agua; lo mismo hizo cuando ocurrió el de Haití: madrugaba para adueñarse de la pantalla. Contrario a su mamá, que lo único que veía eran las novelitas que le prestaban sus amigas y que terminaban en el mismo final feliz, donde el rico se casa con la muchacha pobre, y que Mayi no soportaba. Prefería sacar libros

de la biblioteca. Desde Emilio Salgari, Julio Verne y los hermanos Grimm, hasta a otros que le recomendaba la bibliotecaria. Así que se ponía a leer mientras su abuela y su mamá se disputaban el televisor.

Por fin salió a la calle y la travesía le pareció interminable. Caminó a toda prisa, sin esquivar las líneas de la acera como hacía cuando iba para la escuela. Sentía su corazón agitado al pensar: “¿Se acordará de mí?”, “¿Y si no vino como otras veces?”, “¿Y si mamá tiene razón?” Oprimió con fuerza la cartera-conejo y apresuró el paso. Por fin divisó el parque y al llegar se paró en una esquina, miró a todos lados. Sólo habían unos niños jugando y una pareja de enamorados.

Decepcionada, se sentó en un columpio y comenzó a mecerse, mientras recordaba a aquel hombre al que sólo había visto una vez y con el que pasó una tarde maravillosa, hablando sobre sus vidas y de los temas preferidos de cada uno. Fue ahí donde se dieron cuenta que a los dos les gustaba el helado de Chocolate, los libros de Emilio Salgari, las películas de ciencia ficción y la informática. Por él supo que el internet surgió en Estados Unidos. ¡Qué orgullosa se sintió Mayi de aquel hombre tan inteligente! Eso era algo que siempre había admirado en las personas. Tanto que al otro día cuando llegó a la secundaria, buscó a Yaimi que era un “genio” en Informática y se lució diciéndole lo que había aprendido, porque ni Yaimi ni ninguno de su aula sabían nada de aquella primera red informática.

Una vez había bastado para que Mayi no se olvidara de él y para que cada día soñara con el momento en que se volverían a encontrar. Siempre que estaba sola recordaba sus manos viriles apretando las suyas, haciendo promesas de no olvidarla nunca y estar a su lado cada vez que lo necesitara.

De no ser por su mamá, que al verlos juntos aquella tarde se puso

eufórica y lo ofendió, asegurándole que nunca permitiría que se volvieran a ver, ellos no se hubieran distanciado tanto. Aquel día discutieron. No entendía qué motivos tan grandes tendría su mamá para despreciarlo tanto, aunque a decir verdad, Mayi se había dado cuenta que ella era así. Dominante, difícil, nadie le caía bien, discutía con todo el mundo, ningún novio ni amiga le duraba, siempre le cogía falta a todo. La abuela decía que se iba a quedar sola, que no había quien la soportara. Por suerte Mayi no se parecía a ella y ese día aprovechó para decírsele: que se alegraba de no ser como ella, también le gritó que ya no era una niña y que no iba a permitir que siguiera decidiendo por ella. Por esa razón había hecho todo lo posible por encontrar a aquel hombre tan importante en su vida, por eso estaba allí:

—Y si no viene lo voy a buscar donde esté — dijo en voz alta mientras se secaba los ojos con la lana de la cartera. De pronto alguien detuvo el columpio. Asustada miró a su espalda.

— Mi niña bella, veo que todavía conservas la cartera-conejo que te regalé.

— Papá, qué bueno que viniste. Yo sabía que esta vez no podías defraudarme.

— Claro que no, hija mía. Ya eres toda una jovencita. Te aseguro que ni tu mamá ni nadie van a volver a separarnos —. Y fueron a sentarse en uno de los bancos, para contarse sus vidas o para hacer nuevos planes, donde nadie los escuchara. Sólo una ráfaga de viento cómplice de aquel encuentro los envolvió con la hojarasca del parque.

Sarays Guerrero
Ciego de Ávila, Cuba.

Liberación

Cuando los pies le comenzaron a sangrar, recién en ese instante tomó conciencia de que lo único que la estaba iluminando era ese espectacular cielo estrellado: dos capas superpuestas de millones de puntos incandescentes, la de abajo intensa. La noche era tan clara que comenzaron a saludarla Las tres Marías y la Cruz del Sur. La capa de arriba se asemejaba a la cola del vestido de la novia que nunca había podido ser. Miró varias veces hasta que el brillo le impidió seguir y cerró los ojos. Los puntos continuaban lastimándole la córnea. Su cabeza comenzó a separarse del cuerpo y sus pensamientos flotaban por encima del cuello. Por debajo de ese límite, no había parte de ese cuerpo magullado por el cansancio que no le doliese. Se sentó, su ropaje renegrido, comenzó a humedecerse, se palpó entera. Un poco para convencerse de que estaba ahí, viva todavía y otro poco para corroborar si la sensibilidad tenía recuerdos. Recuerdos de noches de juventud.

Cuando comprobó que estaba totalmente mojada se puso de pie, levantó la cabeza, volvió a deslumbrarse y balbuceó la oración que solía decir habitualmente de memoria, sin sentido, por compromiso, por el juramento que había hecho hacía un tiempo, pero que ya no llenaba el espacio de su alma. A lo lejos, jugando a la rueda-rueda, la luna rojiza y llena danzaba lujuriosa entre los millones de globos gaseosos que la acompañaban. Tenía la desnudez que ella jamás había podido lucir ante nadie y se iba envolviendo entre los tules iluminados de ese vestido celestial. Le pareció, en principio, que le sonreía, pero después fue abriendo la boca hasta arquearse y mostrarle todos los dientes: estaba mofándose de su tristeza y ella desconocía qué debía de hacer. El baile duró unas cuatro horas y de tanto verlo y envidiarlo desde lejos, se quedó dormida. Al abrir los ojos no podía creer lo que veía. El camino empolvado y agrietado daba soporte a una napa de agua fresca que venía de los altares de piedra que la es-

taban escoltando. Se abrían paso haciéndole la reverencia. La senda se elevaba y sus pies destrozados no soportaban una elevación más. Había perdido a las franciscanas antes de adentrarse en la espesura de la noche y era tanta la oscuridad, que ni retrocedió a buscarlas.

Tiempo después, cuando se amigase con el entorno, aprendería el nombre de esas minúsculas piedritas que se iban incrustando, primero en la planta de los pies y luego en la herida que le habían ocasionado. Caminar sobre la vermiculita puede resultar altamente doloroso y molesto. Seguía, seguía y la fuerza le nacía desde las entrañas. Había tenido coraje de dejar el convento, pero la vergüenza pudo más que ella y a pesar de que sabía que esa era la mejor decisión, a pesar de sus tantos años perdidos detrás de los altares, necesitaba desaparecer y que nadie la encontrase jamás. Nada la distraía nada la inmutaba. El sonido del silencio puede ser la tortura mayor cuando el corazón duele. Solamente el canto de los pájaros lo rompen, pero cuando mucho cantan, también mucho calor hace. Se hubiese desnudado, arrancado todo y dejarlo hecho jirones, pero soportar el hábito era parte del castigo por haberse separado del rebaño. Así que en un ir y venir de su mirada, comenzó a ver el mágico arroyo de escasos cincuenta centímetros de ancho que serpenteaba dibujando el contorno del camino. El hilo de agua verdosa, gris, transparente y tornasolada la estaba invitando a acercarse. Decidió bajar, salirse de la tierra y pisar el verde. No sabía que los espinillos desprenden su bronca por la intensa sequía que sufren y la dejan deslizar hacia el suelo, lo tapizan de punzantes espinas que terminan de coronar los tajos que habían provocado las piedras. Los pies ya no eran pies sino despojos ensangrentados. Los sumergió en ese pobre espejito de agua que encantaba con sus oídos a la naturaleza que la acompañaba. La naturaleza puede maravillar, puede deslumbrar, puede encantar y por momentos causa estupor.

Pensó que el agua aliviaría su desdicha y con movimientos casi imperceptibles, comenzó a sumergir lo que quedaba de sus pies,

buscando el bálsamo reparador. No la vio. ¿Cómo iba a verla? Tiene el poder de travestirse. Podría decirse que de prostituirse con tal de lograr su cometido. Generalmente no se deja ver jamás. A donde fuere se camufla, logra convencernos, nos encandila, nos mira fijo, rasga sus ojos y le creemos aunque esté fingiendo bondad siempre. Jamás nos damos cuenta. Nos convence, nos enrosca y nos da la estocada final.

— Alguna vez me enviaron a poner en su lugar a una mujer que se tentó con una manzana.

El corazón comenzó a latirle, intentó levantar el hábito y ponerse a correr, pero un pie se había enterrado en la arenilla y el otro estaba sobre el cuerpo resbaladizo, baboso y blando del cual emergía la voz amenazante. A pesar de que no tenía ya fuerzas inhaló el aire recargado de calor y lo fue soltando mientras rezaba:

— ¿Acaso no tengo derecho de terminar mis días como el resto de los mortales? ¿Acaso no puedo probar lo que es el pecado y disfrutarlo aunque sea poco el tiempo? ¿Quién dijo que la obediencia debía de ser para siempre? ¿Qué personaje frustrado de la historia creó esas reglas que anulan el disfrutar de la vida? ¿Acaso es necesario envolverse en estos oscuros ropajes para servir a los demás?

— Alguna vez me enviaron a eliminar a la que comió la manzana, pero veo que el tiempo obra milagros. A pesar de tu miedo no te moviste, respiraste hondo y me enfrentaste. Escuché por ahí decir que a veces me comparan con el sexo débil. Dicen algunos que de débil nada tiene. Hoy ya nadie me manda. En un punto nos parecemos las dos: yo vivo arrastrándome y buscando en quien enterrar mi veneno; vos te arrastraste por décadas ante otros. También a vos quiero ayudarte. Llegó tu tiempo de andar en paz.

Se abalanzó con su lengua bífida enroscando la pierna, quebrándole el deseo de seguir y la invitó a refrescarse en el agua, a que

cerrase sus ojos y a que su alma libre comenzase a volar hacia el infinito. Primero sintió un dolor agudo, muy parecido a la muerte. Apretó fuerte los ojos y sintió que serpenteaba en el arroyo en grata compañía. Era libre. Sobre una piedra, las dos frotaron sus cuerpos fuertemente hasta quitarse la piel que las cubría; debajo, la nueva vestimenta las llevaba a nadar en las tranquilas aguas sin rumbo fijo y desnudas como querían.

Rosana Colombo
Buenos Aires, Argentina.

Llamada de buenas noches

El reloj marcaba como las 21:00 horas. Aguardaba la llamada de mi mamá desde la habitación para ir a dormir. De pronto sonó el teléfono, era papá. Emocionada le contesté, no sabía nada de él en días.

— Hola, papito ¿Cómo estás?

La respuesta del otro lado del teléfono no logré comprenderla.

— No te escucho, ¿estás enfermo?

— Hija, —dijo— estoy en el monte, al lado de la guerrilla; me pueden escuchar. Te amo, feliz noche.

Daria Melisa Gómez
Bogotá, Colombia

Mujer bajo la lluvia

Clarisa camina sobre las vías del tren. El último “norte” cae sobre sus hombros. No sabe ni a donde va. Las vías son sólo el recuerdo de un pasado minero que se quedó en el olvido. Se quiere ir, huir, abandonarlo todo y aunque sabe que ese no es el mejor camino, su mente atolondrada sólo tiene cabida para el dolor. A lo lejos se escuchan los cohetes y el rumor de la fiesta del pueblo. De su cabello enmarañado y largo escurren lágrimas. Sin embargo, su cuerpo no deja de ser una hermosa estampa bajo la lluvia que arrecia. Un perro que husmeaba cerca huye veloz, pero a ella no le importa mojarse. Nada le importa. Camina alejándose cada vez más de su pueblo, de ese montón de casas borrosas a través del aguacero. Un montón de gente indiferente ha quedado atrás al igual que Ramiro, su pareja.

— ¡Eres rara, mujer! — Le había gritado esa tarde después de meses de no tocarla. De maltratarla con golpes, insultos y adjetivos denigrantes en público.

Así que se decidió. Guardó algunas cosas en una maleta y emprendió su exilio a través de la lluvia sobre las vías abandonadas al óxido del tiempo. Al cabo de un rato entró tiritando en la antigua oficina de la estación, se sentó en un banco y empezó a ver a lo lejos los fuegos pirotécnicos. Sin quererlo, metió la mano en la mochila para sacar algo con que secarse y sus dedos trémulos se toparon con el pasado. Un manojo de cartas atadas con un listón permanecían secas a pesar del dolor. Observó la caligrafía preciosa de su amado Ramiro: “Para la hermosa Clarisa, el amor de mi vida” y sus ojos se entornaron. Abrió el sobre y le invadieron las culpas. Sonrió, leyó otra carta y otra y su ánimo empezó a cambiar.

— Tal vez yo soy la que está fallando — susurró a nadie. — Se-

guramente Ramiro estará buscándome a pesar de este tiempo de perros.

Hasta entonces se percató que el perro que husmeaba en las vías, estaba lamiendo sus zapatos mojados, sus medias deshechas y su corazón maltratado. Asomó por la ventana semiderruida y a sus oídos llegaron claramente las notas de la que fue la canción de los dos: «Porque yo adónde voy, hablaré de tu amor como un sueño dorado».*

Se decidió. Iría donde Ramiro e intentaría revivir el pasado. Desanduvo el camino y llegó a su casa cuando la noche era ya clara y diáfana. Abrió la puerta y cuando entró al dormitorio su mundo se volvió a derrumbar. Ahí estaba el causante de su agonía gimiendo de placer con otra. Quiso volver sobre sus pasos, pero un dolor agudo y un zumbido lejano como el del tren que nunca pasó por el pueblo, se lo impidieron. Ellos, absortos en su delirio, ni se percataron que estaba ahí. Se hizo hacia atrás y se ocultó en un rellano de la puerta. Ahí permaneció con una mezcla de dolor y placer observando la escena que a ella le correspondía. Se sintió la mujer de la obra. Disfrutó tanto o más que la protagonista hasta llegar al clímax, recargada en un universo inmundo de degradación, un rincón abyecto de ser inferior, como ya estaba acostumbrada. Reaccionó, a duras penas, cuando los amantes se incorporaban y volvió a la calle. Con pasos trémulos anduvo de nuevo el mismo camino para llegar a la estación abandonada. Y ahí, en una banca tendió algunos trapos e intentó dormir.

Al alba salió furtivamente de su escondite y alcanzó la carretera, donde tomó un autobús que la llevó al pueblo vecino. Permaneció ahí durante el día, comiendo lo que pudo y tratando de ocultarse de alguna persona que pudiera reconocerla. Su sentido común le indicaba que debía alejarse como era su intención primera. Nada le costaba subirse a otro autobús y partir para siempre. Pero algo dentro de ella le hacía dudar. Su mente era un caos. De pronto, sin saberlo, se encontraba otra vez desandando las vías en sentido con-

trario. Llegó a la estación abandonada y permaneció oculta hasta entrada la noche. Otra vez la ansiedad, el odio, la desesperación y el deseo. Buscó en su maleta y encontró una foto de Ramiro. Su Ramiro y su poderoso mentón coronado por una barba y bigote que lo hacían tan varonil le animaron. Caminó furtivamente hasta el pueblo y llegó a su casa. La rodeó y entró por la cocina, la cual sabía abrir por fuera. Parecía que las sombras de la noche la protegieran. Cruzó un pequeño pasillo, luego otro y llegó al dormitorio. Lo abrió con sumo cuidado. No había nadie. Caminó hacia la sala y, desde antes de llegar, pudo escuchar susurros y gemidos que indicaban lo esperado. No hizo falta que entrara. Desde un espacio entre la sala y el comedor los vio. Ella montaba y danzaba sensualmente sobre Ramiro en su sofá favorito. El ritmo y la armonía jugaban con las sombras y con sus manos que instintivamente acariciaron su cuello, sus senos, su pelvis. Otra vez el dolor, otra vez la gloria. Pensó que jamás había sido tan feliz cuando lo hacía con él, como cuando lo veía disfrutar con otra. Otra vez la ignominia, el sentimiento rastro de ser una mujer sin valor. Salió subrepticamente y de nuevo se refugió en la estación, pero esta vez permaneció despierta en una especie de sopor incandescente. Amaneció abrazada al perro callejero. En su maleta llevaba algunos comestibles que le permitieron estar durante el día escondida, hasta el último rincón entre telarañas y humedad insondables. Nadie entraba ahí.

Eran las nueve de una noche fría y oscura cuando se encontraba a la espera de la función acostumbrada. Los amantes llegaron y empezaba el escarceo amoroso, cuando la mujer se quedó mirando a una foto sobre el buró cercano. Algo dijo que provocó las risas de Ramiro, quien la volteó inmisericorde. Fue suficiente. Clarisa no era ya Clarisa sino un energúmeno doloroso y deshecho, una piltrafa afebrada y sucia.

El cuchillo de cocina encontró tejido blando y penetró con fuerza, salió de su nicho y volvió a entrar. Esta vez se detuvo en una vér-

tebra pero la fuerza que lo impulsaba era tal, que entró cuatro veces más salpicando la sangre caliente de su amor vencido. Las sirenas sonaban a silbato de tren, a ladrido de perro, al aullido de una mujer enfrentada a su destino. La hoja de acero brilló con el último fulgor de la torreta y penetró en la garganta tibia de quien había conocido el infierno y la gloria. Los policías la encontraron desangrándose y con sus manos crispadas alrededor de una fotografía, donde un hombre con barba parecía feliz al lado de la mujer que marchaba.

Gabriel Rulfo
Poza Rica, México.

Cautivo

En la mañana, los vecinos del barrio se miraron confundidos. Sin saber si acercarse o no hacia el hombre que yacía tendido en la vereda, inmóvil y con un hilito rojo cayendo de su rostro. Nadie supo qué le había pasado ni por qué se encontraba allí.

Las farolas iluminaban el camino polvoriento del barrio. Al doblar la esquina sintió que alguien lo cogió del cuello y le aplicó una llave de sumisión. Intentó zafarse, pero fue inútil y segundos después se desvaneció. Cuando despertó, la penumbra envolvía la habitación. La venda en sus ojos le impedía ver. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta ahí. Intentó moverse pero no pudo. Tenía atados los pies y las manos. Imágenes difusas recorrían su mente. Sólo recordó que alguien lo agarró del cuello y después todo se nubló. ¿Será tal vez alguna broma? ¿Quién sería capaz de hacer algo así? Pensó. Unos pasos lo sacaron de sus cavilaciones.

— ¿Quién está ahí? ¿Por qué me han traído aquí? — preguntó él.

— ¡Eso debes saberlo tú, estúpido!

— ¿Qué quieren de mí? ¿Qué van a hacerme? — volvió a inquirir.

— ¡Silencio, carajo! — replicó una voz.

— Ya es hora de que te duermas.

Sintió unas largas manos como tenazas que lo cogían de la cabeza y lo obligaba a beber algo extraño. Él se resistió pero al final cedió, doblegado por los golpes. Minutos después, el sueño comenzó a vencerlo.

El sol ardía en pleno estío. Sintió algo estrujando su pecho. Estaba tendido en el pasto. Cuando vio la herida en su pecho, se asustó. Supo que su vida había estado llegando a su fin. Voy a morir, pensó.

Y el miedo recorrió su cuerpo helando su piel. Evocó el juramento de casarse con su chica y los instantes que vivieron juntos. El dolor y el desespero inundaron su corazón. ¡No, no puede ser posible! ¡No!

Despertó agitado. Sintió alivio al saber que fue una pesadilla. Sin embargo, aún seguía ahí, atrapado como un animal salvaje, esperando su rescate. No sabía el tiempo que había transcurrido y apenas pudo percibir un rayo de luz que se filtraba por uno de los huecos del techo. Tuvo la sensación de haber dormido diez horas o tal vez más. Será mejor no hablar, pensó. Por un momento creyó que ellos querían dinero por su libertad, pero descartó esa idea, pues ya había pasado mucho tiempo y no se comunicaban con sus familiares. A lo mejor son terrucos y están esperando las órdenes de su jefe. ¿O serán sicarios? Si lo fueran, ya no estuviera vivo. Sintió el hambre agujoneando su estómago. Hacía cuánto que no probaba un bocado de comida. Minutos después, la puerta se abrió y escuchó entrar a alguien.

— ¿Sabes algo del jefe? – Preguntó el hombre.

— Nada aún. Parece que va a tardar un poco. — respondió el otro.

Mientras los hombres conversaban, él ideaba la forma de poder escapar de sus captores: esperaría hasta la noche, fingiría dormir cuando le den el somnífero y huiría arrastrándose por el suelo. Abriría la puerta y buscaría algo para cortar las cuerdas que apretaban sus muñecas y tobillos. Saldría de aquel lugar y correría sin rumbo para lograr su libertad. Volvería a encontrarse con su familia, les contaría sobre sus días de encierro y se reiría de esa pesadilla. Visitaría a sus amigos e iría a pasear por la ciudad, a bailar y beber en las discotecas como solía hacerlo. Viviría otra vez la vida de los placeres como siempre lo había deseado. Eso iba a hacer, hasta que escuchó que tocaban la puerta.

— Jefe, ya lo tenemos — dijo uno de ellos. En ese momento, el otro hombre le sacó la venda.

— ¿Y quién este?! — preguntó el jefe con la mirada pétrea.

— Es el sujeto que nos pidió que trajéramos — respondió.

— Se parece un poco al hijo de Popeye, ¡pero no es! ¡Par de imbéciles! — replicó.

Los hombres se miraron confundidos, sin saber qué hacer ni qué decir.

— ¡No pueden hacer nada bien, carajo! — gritó el jefe.

— ¡Llévenselo! Y traigan al que les pedí. Ya saben lo que tienen que hacer.

Los sujetos lo cogieron y lo llevaron. Él se dejó conducir por sus secuestradores, pensando que su pesadilla pronto iba a terminar. Cuando llegaron a un pampón lo molieron a golpes y lo dejaron a su suerte.

En la mañana, los vecinos del barrio se miraron confundidos. Sin saber si acercarse o no hacia el hombre que yacía tendido en la vereda, inmóvil y con un hilito rojo cayendo de su rostro. Nadie supo qué le había pasado ni por qué se encontraba allí.

14/09/21

Juan Martínez
Chimbote, Perú.

Egocentrismo del amor

Hoy quiero decir que siempre hacemos lo que diga el corazón. Pero amanecí con la pregunta de si el amor tiene egocentrismo. Respuesta que no hay que entender porque es una masa hipérbole y compleja de los que saben qué es el amor y los que saben utilizar el mismo amor. Es un comportamiento de acercamiento hacia el sexo opuesto, algunos y algunas los quieren fuertes; otros, oportunistas, quieren sólo una simple aventura; y otros, simplemente quieren saber qué se puede hacer con eso...

Podemos decir que en la historia de la misma humanidad hay dos humanos, un hombre y una mujer, pero que en ese mismo inicio se hace referencia a algo: ¿Cómo carajo hizo el hombre para conquistar a la mujer? — Me pregunto— y ¿por qué la mujer no se inclinó a la conquista del hombre, como se ve hoy en día? — Sigo preguntándome.

Esto lleva a mi cabeza a mirar el cielo y no quiero mirar más; en mis pocos sueños esta historia que quiero plasmar es de un hombre que, como todos los hombres, llega a la etapa de una soledad, de no tener a nadie en su mundo, su mundo muerto, así como sus ojos. El nombre del sujeto, quiero que se lo pongan. El físico es uno entre mil; sus gustos de diez mil. Camina por los lugares que no ves, dispara saliva en los buses que no lo llevan a la casa, sus pasos son tan muertos como las ganas de seguir viviendo, se pregunta:

— ¿Qué me pasa? ¿Por qué camino tan lento? ¿Dónde está el amor? — Respuestas que rebuscaba en las gotas de un trago barato. Se pone a recordar el pasado, pero es ese mismo pasado que lo ha dejado en el pasado...

Al pasar el primer trago se dijo:

— Voy a encontrar el amor.

Se limpió la boca, se tomó de nuevo un trago y de su gabán sacó su chicote y caminó hacia el sur, donde está la luz, donde se puede encender y apagar con un solo suspirar. Este hombre sabe bien que se puede equivocar pero se siente seguro y bien. Su primer soplo al chicote: un humo venenoso pero placentero. Al caminar por la frontera de lo peligroso y lo prohibido, encuentra a una mujer morena, de pelo negro y ojos endemoniados que lo deja idiotizado, carcomido. Sus ojos lo dejaron con la baba en el cordón umbilical de sus nervios, pero sus palabras fueron cortantes.

— ¿Eres el amor? — Preguntó el hombre.

— No, el amor es invisible y es bipolar—respondió la mujer endemoniadamente hermosa.

— Entiendo —dijo el hombre y dio media vuelta y siguió su búsqueda.

Caminaba y tomaba aire. Recoge un poco de agua que era para su cara y necesaria para los pocos bosques que hay en el mundo. Caminó desde la costa hasta el llano, desde el llano hasta Pitalito y de Pitalito a Bogotá. Su resultado fue el mismo: en la costa vio los amores de verano, de vacaciones o canitas al aire, como decía mi abuelo; en los llanos sólo vio hombres rudos y mujeres arrechas en el sentido de malgeniadas; y en Pitalito, sólo encontró desiertos y miles de lugares exóticos, pero nunca encontró el amor.

Al llegar a Bogotá, hermosa entre todas las ciudades de la gran Colombia, se sentó en un parque, comenzó a llorar y a decir a los cuatro vientos que el amor es una mierda y que se limpia el culo con el amor. Después de sus quejas ante el mundo, después de tanto buscar y no encontrar a dicho amor, se sentó de nuevo y comenzó a llorar de como un desgraciado, por algo que no tenía, por algo que nunca había visto, por un amor que nunca ha tenido y que nunca lo tocó. De la nada, llega un ángel, con las alas largas y muy brillantes,

— ¿Qué tienes? — Habló esa voz, cálida y con la briza de una mañana sanadresana.

— No pasa nada. Sólo que el amor se pierde entre las personas, para que yo no lo pueda encontrar— respondió el Hombre sin mirar el rostro del ángel.

— Hmmm, eso vez tú, pero en verdad el amor no se busca, no se encuentra, no se debe darle un físico, no tiene un físico. Sólo llega y cuando llega es duro verlo de frente, porque llega en el momento menos esperado del mundo, como hoy—dijo el ángel.

—Eso lo sé, pero ¿Por qué no me llega de frente para morir en el sueño por detrás del sol? — Preguntó el hombre al subir la cara.

Se quedó aterrado, congelado, tieso y estampillado en los ojos del ángel. Era Angélica, su amiga de la infancia.

— ¿Qué haces aquí? — Agregó el hombre a su mar de preguntas.

— Vengo a buscarte y a contarte que el sol y el amor vienen de frente—dijo Angélica — ¿Cómo así? — Preguntó el hombre confundido por las palabras de Angélica.

— Mira, hombre. El amor déjalo. Ahora vive, saborea y valóralo. Como yo estoy aquí, mañana tú estás allá.

Después de la charla, de las palabras que el corazón delata sin saber que la reacciones no son las mismas y que el mismo el hombre no entiende hasta la prueba de esas palabras, él, como un hombre rendido a los ojos de Angélica, se levanta, la toma de la mano y se la lleva a caminar por el parque de las declaraciones rotas y los besos venenosos, veneno confundible.

Angélica, lo tomó de la mano y lo evaporó en un raro sentimiento de una energía que se sentía con vida.

— ¿Qué me pasa? — se preguntó el hombre, al sentir, emoción, vida, alegría, jovialidad.

La sonrisa de Angélica le hizo parar un momento.
— ¿Qué esto? — Preguntó el hombre.
— Eso, esa energía que no ves, sino que la sientes. Es amor, querido amor—respondió Angélica.
— ¿O sea que es amor?
— Sí.
— ¿Sientes amor por mí?
— Sí.
— ¿Por qué nunca me lo dijiste?
— Por qué no quiero que las palabras arruinen lo que mis hechos pueden hacer.
— ¿Cuáles hechos?
— Este.

Al final un beso tibio, un beso húmedo, un beso de los mil besos pícaros que amanecen sin sol, pero con estrellas fugaces perfumadas que lavan la mente del hombre nuevo. Sin palabras, el veneno de la mirada de él se fue y por primera vez sonrió y siguió caminando. El amor es algo que no vemos, pero que sentimos. El amor que no sentimos es porque lo estamos mirando con los ojos ciegos de la duda, la duda como las miradas engañan y los engaños son las espinas del amor, que mantiene el amor en la lucha de la humanidad...

Sergio García
Bogotá, Colombia.

Cambio de gusto

Faltaba una semana para Navidad y en la casa de los Velásquez ya se discutía sobre la celebración y el gran banquete de Nochebuena. Pero era en el corral donde la vida se agitaba desenfrenadamente. Los animales miraban con tristeza al inevitable condenado a muerte, quien con su pico dibujaba siete líneas en la tierra para ir borrándolas día a día. “Nadie escapa del destino, amigo Pavo”, dijo con tono sabio el burro. Este sólo asintió con la cabeza y le cayeron unas lágrimas, revelando que las aves tenían la capacidad de llorar.

En su chiquero, el burlón cerdo quiso gastarle una broma al pavo cuando cruzase por su enlodada mansión. “Quizá este año cambien de gusto y les dé por comer verduras”, dijo muy seriamente. La derrotada ilusión del pavo se avivó minúsculamente, sin saber que todo era una broma típica del cerdo. “¿En verdad lo cree, Señor Cerdo?”, preguntó el pavo entusiasmado. “No, pero deberías ver lo gracioso que es la cara de un estúpido pavo”, dijo lanzándose al fango para revolcarse entre risas.

Los días pasaron y ya sólo quedaba una línea por borrar. La curiosa gallina, adjetivo minúsculo que se merece, llamó a todos los animales para acercarse minuciosamente a la cocina, pues se discutía de un tema que competía al banquete de Nochebuena. Sin embargo, cuando todos llegaron, los dueños de la casa marcharon a sus habitaciones para continuar tan importante asunto. El pavo pensó que no era necesario oír lo que todos ya sabían: él iba a ser el plato principal. Pensó que oírlo de alguien iba hacer que lo aceptase definitivamente. Se acercó al perro, el único animal que podía estar en la casa y le pidió que escuchase la conversación como favor a un desahuciado. El viejo perro accedió, pero sus viejos oídos no pudieron diferenciar entre “cambiar” y “continuar”, así que fue a decirle

lo que él pavo ya sabía. En la madrugada del siguiente día, el pavo borraba la última línea y se preguntaba por la demora de los dueños. Fue grande su sorpresa al oír los gruñidos del bromista cerdo y luego de media hora, ya no oírlos nunca más. El cerdo tuvo razón. Aquella cena de noche buena ellos iban a cambiar de gusto, pero no en la cena de año nuevo.

Freddy Quiñones
Chiclayo, Perú.

Los labriegos

Había guerra en el monte. Sólo se escuchaban las balaceras. Los combates infundían terror en la región. Para peor, un campesino estaba desesperado. Vivía a solas con su hijo y los dos no tenían qué comer. Hace eso de unas noches les asaltaron su finca. El robo pasó de un modo inesperado: unos bandoleros irrumpieron en los huertos, saltaron los alambres con chuzos y luego se cargaron consigo las cosechas. Por lo sucedido, este padre atormentado no supo cómo hacer para jornalear y así poder alimentar a su niño.

Aparte, diferentes pueblerinos culparon al campechano de ser traidor por ser amigo de los guerrilleros. Tanto, que hasta le gritaban soplón desde las veredas. A causa de ello, nadie auxilió a este hombre desamparado cuando estuvo sin comida. Ni si quiera su compadre fue capaz de visitarlo. De locura, los enemigos de su misma patria hasta casi lo acribillan. Cierta tarde gris, ellos arribaron a su aldea disfrazados de negro. Sin mente lo atraparon y lo laceraron contra un palo, feroces cortaron su sangre, reventaron sus venas. Dolor. Se sintió desterrado, humillado por ser pobre.

Así de mal creció su atroz miseria. Fue una crueldad que padeció por la exigencia de unos milicianos infames. A su vez se supo todo abandonado. Y nomás que por la providencia siguió existiendo con coraje. Se salvó. Con furor, entonces, se irguió levantando la cabeza y recompuso sus sentidos. Sobre la ansiedad comenzó a caminar hasta su cuarto. Apenas llegó al recinto cogió los corotos que tuvo a la mano y acto seguido armó su mochila y una vez terminó, se vendó las heridas. De otras lágrimas, subió a su hijo a los hombros con cuidado. De paso, ambos se fueron yendo de sus tierras exuberantes. No hubo otra alternativa para ellos. Era irse o fenecer sin piedad. Así que veloces, caminaron por unos arrozales según como

los canarios chillaban. El padre, por su posición, fue sesgando la maleza a punta de machete para abrir trecho. Progresaron ya con agilidad sin mirar atrás ni por error. Al cabo de los secos crepúsculos lograron desenterrarse y huyeron a la capital calentana.

Rusvelt Castellanos
Ibagué, Colombia.

Ten cuidado por donde pisas

“Han caído en el grande aunque común error de confundir lo insólito con lo abstruso”.

Poe, E.A.

Un día perdí mi sombra. Fue tan repentino que incluso al inicio no me di por enterado, hasta que los síntomas comenzaron a aparecer. Alguna vez había escuchado en la universidad acerca de un caso clínico muy extraño en el cual, una persona en los años setenta había perdido su sombra. Sin embargo, estos casos eran raros. Uno en un millón. Crecí sin miedo sabiendo que esas atrocidades sólo les pasaban a aquellas personas sin suerte, a las cuales nunca les había ido bien en la vida. Estaban saladas definitivamente. Nunca imaginé que algo así pudiera ocurrirme a mí...hasta que ocurrió.

Perder tu sombra es una enfermedad silenciosa como el cáncer. Se esconde y disimula y cuando por fin uno se da cuenta, ya es demasiado tarde. Los primeros síntomas comenzaron a hacerse notar en las primeras semanas después del fallecimiento de Emilia: aturdimiento, dolores de cabeza, mareos y náuseas. Nunca me detuve a pensar que podrían deberse a la falta de sombra y creía que eran las etapas normales del duelo. Nunca te preparan para eso. ¿Cómo se supone que afrontemos la muerte de alguien tan cercano? ¿Cómo seguir con tu vida, cuando sientes que hay un vacío enorme en tu abdomen y una bola de metal en tu garganta que no te deja comer ni hablar sin dolor?

Para mí era imposible, así que no fui lo suficientemente cuidadoso, como para siquiera cerciorarme de que mi sombra siguiera detrás de mí por las noches, cuando caminaba por los pasillos a media luz de mi casa. Estaba más preocupado por intentar dormir, aunque fueran unas horas, antes de comenzar mi siguiente jornada laboral. Haber perdido a Emilia (y a mi sombra) tuvo un gran impacto so-

bre mi salud. Nunca me sentía descansado, casi no comía y notaba que mi energía expiraba ante mis ojos cada vez más.

Poco tiempo después los síntomas empeoraron. Ahora también escuchaba chillidos, veía por el rabillo del ojo sombras bastante oscuras correr por mi casa. Los episodios de migrañas se volvieron particularmente intensos ya que las voces no dejaban de gritar. Decidí investigar un poco y, efectivamente, todos aquellos eran síntomas de pérdida de sombra. ¡No podía ser! De entre todas las personas me tenía que pasar justo a mí. ¿No era suficiente haber perdido a Emilia tan recientemente? ¿Ahora también debía enfrentarme yo solo a esta enfermedad de mierda de la cual no se tenía casi ninguna información? No se tenían registros actuales sobre la enfermedad. Los documentos clínicos del caso de los setenta eran difíciles de conseguir. Incluso, se decía que habían sido eliminados completamente para evitar el pánico en la población. Al tratarse de una enfermedad de la cual no se tenían datos suficientes, los medios podían hacer mal uso de estos y difundir informes falsos sembrando la confusión y el terror en los ciudadanos. Me encontraba completamente perdido. Me sentía más desorientado que nunca. La única sensación equiparable fue cuando murió mi mascota de la infancia: un perro labrador muy juguetón. Cuando murió me sentí terrible a pesar de que fue por causas naturales. Sentí por unos meses ese mismo vacío en el estómago y la sensación constante de querer romper en llanto. Aun así, en esos momentos mi sombra estuvo ahí para mí, me contuvo durante el proceso. Y hasta hace poco también tenía a Emilia. Ahora no tenía nada.

Sin poder soportarlo más, un buen día decidí tomar la situación en mis propias manos. Nadie más me ayudaría. Intenté pedir ayuda, pero todos estaban demasiado asustados como para hacer algo por mí; creían que era contagioso. Temían involucrarse demasiado y terminar por perder sus sombras también. No podía culparlos. Nadie sabía realmente qué es lo que pasaría al convivir mucho rato

con una persona sin sombra. Traté de ocultarlo lo mejor que pude, aunque eventualmente se dieron cuenta en el trabajo y fui despedido. Mis amigos y conocidos también lo notaron y se alejaron de mí. Debía hacer algo para evitar que la falta de sombra siguiera afectando mi vida. Aunque tampoco deberían echarme la culpa.

Nadie podría haber sabido realmente el resultado de la decisión que tomé. Un día dibujé mi sombra. La creé, la fabriqué yo mismo. Tracé su silueta con tiza en la pared, la rellené cuidadosamente siguiendo la forma y asegurándome de que ningún hueco se quedara sin llenar. “Nadie podría haber sabido, nadie, ni siquiera yo. ¿Cómo lo hubiera sabido?” Me lo repetía una y otra vez para aliviar mi culpa y sentirme mejor conmigo mismo.

Los síntomas no mejoraron. Todo lo contrario. Las voces no paraban de gritar y no sólo gritaban al aire sino que me gritaban a mí directamente, me agredían. Yo les di ese poder. Le di un cuerpo a aquella energía que me acechaba, esperando el momento preciso para someterme. Me sentía fatal y la nueva sombra se alimentaba de mi poca energía restante. El dolor y la tristeza a causa de la pérdida de Emilia sólo avivaban las llamas de su odio infinito. Fue cuando me di cuenta del error que había cometido. Eso no era una sombra. No había manera...era algo indescriptible, desconocido y arcano que me estaba consumiendo. Crecía alrededor mío, se expandía llenando la casa con su oscuridad sofocante. Apenas distinguía la luz del exterior a través de los resquicios de las ventanas. Un mal paso y caería en un abismo del que jamás saldría. Caminaba a tientas, tratando de acostumbrar mis ojos a la penumbra pero era imposible. No tenía caso esforzarse. Por más que lo intentara jamás lograría salir. Me erguí y di algunos pasos temerosos. Sentí que me hundía en una montaña de arena movediza y en ese momento lo comprendí. Aquella cosa fue creciendo junto con mi luto y lo único que necesitaba era un recipiente en donde insertarse. Quizás incluso fue ella la que alejó a mi sombra.

Me sentí pesado y con sueño. No tenía nada en claro. No entendía nada y a pesar de todo estaba seguro de que desde el momento en el cual perdí a Emilia, yo ya me hallaba tan muerto como ella.

Gabriela Muñoa
Ciudad de México, México.



POESÍA

Los árboles no hablan vietnamita

El murmullo de la flora
Un sema que no me arguye significado,
Una proposición o jerigonza
Que se envuelve en lo desconocido.

En la niebla sucumbe el dedo riguroso
Que abraza al gatillo
Porque el crujido de la pólvora
No entiende de camuflajes.

El miedo nació sin lengua
Para evitar el beso frío de mi patria,
Entonces,
De qué me sirve traducir el lenguaje
Si los disparos hablan en el mismo idioma.

Gerardo Viana
Santa Ana, El Salvador.

Bucle marino

1

No haberla visto antes así,
Tan llena de arena grisácea
Y de carpas vacías.

El mar estaba revuelto e iracundo
Casi desde la orilla
Y todo alrededor desolado.

Solo eran apreciables algunas huellas diurnas
Que alguna jaiba habría desaparecido,
Así como el arrastre del viento.

A lo lejos,
El agua danzaba junto a lenguas de nube negra
Y un estrepitoso golpe a la bahía,
Daba aviso de lo que se avecinaba.

A pesar de todo,
Con la mirada fija de mis ancestros,
El recuerdo de mi familia en tierra
Y mi necesidad de aventura
Respiré.

Sacando de lo profundo de mi alma el miedo con una risa,
Dije:

¡Es un perfecto día para navegar...!

Tomé el bote pesquero y,
Con algo de esfuerzo,

Me adentré en las aguas que se sentían terriblemente frías.
Lo arrastré hasta donde me era posible subirme y balancearme.

Luego me hice a la mar.

2

Puedo decir que me es difícil juntar las imágenes con lo que escribo. Más ahora que deseo describir lo que mis ojos vieron, estando aquí en medio del mar. Cada vez que intento narrar lo que se perfila a la distancia, me doy cuenta de que mis escritos no le hacen mérito. Sin embargo, procuraré ser lo más fiel posible a la narrativa que percibo.

La playa desde aquí es otra cosa, entre tantas cosas, los colores oscurecidos mostrando un pueblo que subsiste gracias a la pesca. En gran parte de la frentera, las casas estropeadas por el tiempo, la humedad y el óxido inspiran una lobreguez solitaria que se expande ante la tonalidad grisácea de las arenas como un paisaje lúgubre y hermoso.

Pero detrás de todo esto, se ciernen augurios de añoranza y paz. Bajo cada una de esas tejas, de las cañas, detrás de las rocas que cubren a la ciudad de la furia del agua y más allá de esas carpas pequeñas y del deprimente terreno, las familias se resguardan a la espera del regreso de sus padres, madres e hijos. Detrás de todo este espacio lúgubre está mi casa, mi reino y mi vida.

— ¡Hoy es un buen día para navegar!

Me repito y regreso la vista al mar, donde la oscuridad abría sus fauces en línea recta y me arrastraba indiferente al muro incierto de la orilla del mundo. Esta vez, quizá con lágrimas en los ojos, ante la presencia hermosa de lo inimaginable, me adentré en ese bosque de nubes donde las leyendas se hacen personas y las perso-

nas, nube

3

A la playa llegaron solo los pedazos del bote pesquero que papá uso ese día. Llegó su pesca envuelta en la tela que le gustaba usar para eso. Tenía el escudo de su equipo favorito y algunos parches puestos por mí cuando era pequeño. Llegaron también sus pertenencias y entre ellas, un pequeño cuaderno donde escribía sus historias. Recuerdo que busqué leer sus últimos escritos con el fin de tener una explicación, pero no encontré respuestas, sino más bien dudas. Desde ese día empecé a escribir en la misma libreta y supe lo que tenía que hacer...

La arena estaba grisácea,
El mar estaba revuelto e iracundo,
Las carpas estaban vacías,
El lugar desolado.

Sólo era apreciable que las huellas diurnas habían desaparecido
Por el arrastre del viento.

A lo lejos,
El agua jugaba con lenguas de nube negra
Que él sólo no era capaz de atravesar.
A pesar de todo,
Con la mirada fija en mis objetivos,
Respiré.
Y sacando de lo profundo de mi alma el miedo con la risa
Dije:

¡Es un perfecto día para navegar...!

David Acosta
Portoviejo, Ecuador.

Nada

Muerto en mi carne
Tu cuerpo es mi ataúd
La ciudad de mis ojos derrumbada en mi cuerpo
Desiertos ahogados en el pecho
Lentes rotos en la piel
Cadáveres exquisitos
Carroñeros
Poesía sobre los cadáveres
Cadáver poético
El periódico
Mi juglar
Sueño
Aviones rotos brillando en mi boca
Ceguera dibujada en los ojos por mis pájaros
Y las elegías son mi música
Romperán el tiempo
Lenguajes de la nada
El idioma de la nada
El ruido de la nada
El ruido del silencio
Y una elegía ahogará en mi desierto los relojes.

Daniel García
Bogotá, Colombia.

Bosque Interior

Destapé mi cuerpo
Y sembré árboles en el interior
Para el resto de mi vida.
Hay cestos de murciélagos
Y vuelos programados,
Aunque de las ramas
Pendan de tormentas y relámpagos inmarcesibles.

La lluvia no es una amenaza:
De mi madera se construyen barcos y remos.
Si fracaso en el intento,
Quedo con provisiones para fabricar un ataúd
Para que en él se entierre quien quiera,
Mientras yo levanto mi cuerpo
Y anoto una nueva curva en la sombra de mi reflejo.

Anido la madera que me cubre,
Que anula mis sentidos.
Fusión de agonías
La madera y mi cuerpo.

Futuro polvo,
Más tierra en la Tierra.
Jardín prometido.
Por ahora solo dos hortensias iridiscentes
Fuego de una vela que casi se apaga.
Una fotografía monocroma:
Lógica ausencia de compañía extraterrestre,
Meliflua lluvia de conversaciones entre fantasmas y la noche.

Dos horas más para el reinicio de la luna.
¿Qué tan exacto es el futuro?
¿En qué orden te susurro mis palabras?

Sandra Álvarez
Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Una nube de mosquitos

Una nube de mosquitos
Zumban a nuestros oídos:
Filarmónica silvestre.
Juntos entretejiendo amarillo heno,
Los celosos mosquitos
Nos chupan la sangre.
Somos los invasores
Regando miel genital en la pradera.

Los jadeos se mezclan
Con los sonidos del bosque;
El cielo se ve como un dulce de algodón,
La brillante luz naranja de las seis
Envuelve las esquivas nubes.
Son bonitas las paredes del orbe,
Así debería ser el cielo raso de nuestras casas.

Tiene frío,
Le duele el estómago
Y vamos de regreso a casa
A nuestros infiernos personales.

Se habla poco,
Comemos arepa
Con sal y mantequilla.

Dices que es un malvado
El mosquito-vampiro.
Me muestras donde te clavó su hambre.
Su mordida en la mejilla,

Dices que no puedes ocultar su herida
(Mi amor, mamá me preguntará sobre este piquete).

El cielo raso de nuestras casas
Debería ser los múltiples colores
De esta tarde gloriosa...

Ringo Cruz
Bogotá, Colombia.

Fahrenheit 451

Empezaron los libreros, frenéticos,
Bruscamente a amontonar a los autores en piras colosales.
Nos preguntaban por sus nombres y escondrijos.
Nos preguntaban a nosotras, criaturas
Aladas, doradas en el lomo,
De conducta intachable.

Pero qué teníamos que ver nosotras
Con esa recua desdichada y diletante.
Señalamos, desdeñosas, nuestras causas
Para descubrir cuán risible es un simbolista ardiendo
Y qué estruendoso crepitar de muebles viejos.

O con sorpresa,
Que Faulkner no arde
Mejor que Nabokov,
A pesar de todo el whisky.

En los primeros días
No resultaba nada fácil
Zafarse de la turba
Y la delación.

Farfullaban los anónimos
Un odio huraño sin destino,
Un odio efervescente
Reclamando otro redoble
Al flemático tambor;
Sonaba el tambor
Y caía otro más,

Elevando una voluta
Bestial por encima
De las llamas.

Luego,
Pasado un tiempo
Nos descubrimos condenadas
A perpetuar un círculo perfecto,
Una arquitectura acomodada,
Sin sorpresas.

Iniciamos unas pocas
Una danza clandestina,
Ensayando obscenidades,
Desmayadas veleidades,
Erecciones,
Tímidos escándalos.
O bien,
Ya que algunos fueran
De anodino discurrir,
Impostando a ratos
El murmullo monocorde
De un tedioso empleo
En la banca.

Esa fue una época maravillosa.
Luego, una noche,
Subía a mi cuarto después de una asamblea y los oí.

Cuando irrumpieron,
Rompiendo las ventanas,
Ya bajaba descalzándome.

Ahora vivo en los suburbios,

En la violencia y la sangre,
Con muerte y abandono,
Sospecha y silencio,
Y todavía un poco
De felicidad.

Pedro Alcarría
Barcelona, España.

Fragmentos de Cubo negro

1

No puedo morir de hambre
De hambre no puedo morir
Porque mi estómago va mucho más allá
Mis tripas se alimentan de música
Sonidos alegres
Sonidos quejumbrosos
Sonidos de todo tipo
Sonidos que aligeran la ansiedad
Sonidos de fuego
Sonidos de tierra
Sonidos de mar
Sonidos de fuego mar,
Sonidos de mar tierra
Sonidos de fuego tierra
Y algunas veces cielo...

La música es el viento que hace girar
A los colores que duermen en mi cráneo
Rondó Rondó/ naturaleza/ Rondó Rondó Rondó Rondó....
Que me mata el hambre
Y hace mi existencia menos ridícula
Ahora debo terminar este infeliz poema
Salir de mi pieza e ir por comida.

2

Solo una vez más
Herido y solo
Con el vientre abultado
No he alcanzado a salir de mi miseria

Y arropado en la inmundicia
En el orín de mi sexo
Barbudo de Dios
Delirando por un cuerpo
Amable que se quede conmigo
Esta noche a devorarme el aliento
Y la muela infecta
Que tome conmigo
Que me cuente un poco de su vida
Y su emoción
De cómo le sientan mis versos
De si es que odia tanto al mundo como yo
De si es feliz al verme hoy la cara
Podría ponerle la música que quisiera
No me importaría
Hasta intentaría hacer un esfuerzo por sonreír
Limpiar la habitación
Y levantar este cuerpo muerto
Carne albar en cuadratura loca
Escabrosamente loca
Escabrosamente loca
Escabrosamente loca
Escabrosamente loca
¡Ay, me voy haciendo viejo!

3

Una habitación inundada por la luz
Penumbra pálida y muriente
Sonriendo silenciosa hacia la calle.
No encuentro más palabras para hallarte
Maleficio de la silla solitaria,
Sueño edípico, tijera suelta,
Corazón taciturno despedazado por el agua
Estoy hablándote

Estoy hablándote
Estoy hablándote.
Podrido a través de los años y las olas
Las olas y los años,
Atrás en la imposible y desolada noche
Que allí afuera,
Planea divertida haciendo volar a mi camastro.
En compases etéreos
No puedo hallarme
En el secreto incontenible de tus pasos,
No puedo hallarme en tu fantasma errabundo,
En las hojas de los tilos
Y en las vacías tazas de café.
En el amor malquerido
Y en los documentos de miserable profesor.
Y floto en mi silla solitaria
Afuera, a la luz de mi cerebro.

Jhonatan Mostacero
Lima, Perú.

Viento

A veces le hablo al viento
Con mi voz ronca y agónica,
Con mi boca torcida y deforme,
Con mi lengua seca y lacerada
Le hablo y le digo lo que siento.

A veces le hablo al viento
Con los ojos cerrados
Desde mi soledad desolada,
Desde mi tristeza infundada
Y abro los párpados de nuevo
Para recordar que no estoy ciego.

A veces le hablo al viento
Porque siento que es el único que entiende
Porque me convenzo que sólo él me escucha,
Esperando que su respuesta no se reduzca
Sólo a una perorata displicente.

A veces le hablo al viento
Deseando que mis palabras no sólo se las lleve,
Sino que las regrese con un dejo de esperanza
Mientras vislumbro en la nocturna lontananza
Las estrellas brillantes como copos de nieve.

Jorge Millán
Xalapa, México.

El polvo de los días

Ya no son los tiempos
En que el día brillaba bajo los cristales
Y todo el mundo era sólo un arrastrar los pies.
Ahora, con mucho esfuerzo,
Una llanta solitaria recorre el mundo
Dejando marca donde antes caminaba el espíritu
Y la mujer lloraba por los rincones.
Ahora, hoy, en este espejo
Se acaban los instantes
Bajo un mismo techo que aprisiona los sollozos,
Tras una ventana que reúne el polvo de los días
Como con los recuerdos que se ocultan.
Frente al espejo una imagen se repite,
Desde el principio de las eras,
Como el hilo de eco que se emite
Cuando el único verbo de la voz
Clama una plegaria desde el fondo,
Y sólo recibe de respuesta
Una sucesión de voces que siempre son la misma
Desde que los ojos son los ojos que miraron
Ese abismo de paredes infinitas,
Con sus círculos que se deforman
Y deforman caras.
Pero la voz que se repite y se repite
Desde el tiempo en que el pie fuera calzado
Hasta que despojó su cuerpo en el asfalto
Y la ciudad se hizo ciudad de vidrios infinitos.
Como el espejo en su repetición infiel,
Corriendo en su sinfín de imagen única
Que habla desde lo profundo del instante,

Y calla hasta volver a oír su voz como respuesta.
Desde que el segundo se filtraba en las goteras,
Hasta el instante que espira su canción.
Todo el día se agrandaba en círculos concéntricos
Y la delicada sucesión de los susurros
Se esparcían de oreja a oreja,
Antes de caer al suelo y perderse entre los pasos.
Pero ya no queda nada en este espejo.
Sólo grietas sin nombre
Donde una vez sopló la vida.
Y ahora queda oculta para siempre
Tras un sinfín de corredores sin sombra,
En que el pie sólo sabe no pisar.

Darío González
Uruapan, México.

El privilegio

Que sueñes conmigo
O que yo sueñe contigo
O que ambos
Al mismo tiempo
Nos soñemos

Yo en tu sueño
Y tú en el mío

No está en el sueño
Ni en el tuyo
Ni en el mío
Ni siquiera
En el lugar en donde
Reposa la cabeza
 O vuela
 O gravita
 O se fuga

La tuya
O la mía

O donde
Reposa el cuerpo
 La carne
 El pecado

Tu cama
O la mía
Incluso
La nuestra

Tampoco
En estar presente
Sin estarlo

Tú en mi sueño
Yo en el tuyo

El privilegio
Realmente
Es que tomes
Mi carne
Mi piel
Mi rostro

La idea nocturna
Que de mí habita
En tus haberes íntimos
Para que esta
Finalmente
Y por el ratito
Que dura un sueño
Esté
A tu acomodo

Yo no he podido contigo
Ni en mi sueño
Ni en el tuyo.

Camilo Gómez
Bucaramanga, Colombia.



